LA ARQUITECTURA ACTUAL EN SU FUNCION URBANISTICA

POR

ALBERTO SARTORIS

Para penetrar de golpe en el núcleo esencial del problema de la arquitectura actual en su función urbanística, es preciso observar ante todo que, pese a una técnica consumada (como la que poseemos hoy en día), nunca es fácil edificar según principios racionales. En un medio heteróclito donde la lucha que mantienen las dos fuerzas hoy en liza (el modernismo romántico y el modernismo funcional) es cada vez más ardorosa..., una cascada de producciones nebulosas, casi casi absurdas, de lugares comunes y de argumentos caducos, dificulta el nacimiento de una joven arquitectura renovadora. Desde su nacimiento a la vida bajo ese falso alumbramiento, la unidad de su estilo sufre con ello y se constituye en una mera ficción. Las reglas mal entendidas y mal asimiladas empecen la cristalización arquitectónica que da origen a formas de una concepción a la vez trasparente y sólida.

Conforme a las diversas direcciones de las corrientes constructivas estéticas, e incluso alguna vez en una misma corriente, deben coexistir cuatro actitudes, cuatro tendencias o, aún más, cuatro posturas espirituales fundamentalmente distintas, pero necesarias a la arquitectura nueva, para que ésta pueda desarrollar su misión urbanística: el espíritu de tradición local, el espíritu de tradición nacional, el espíritu de *spazialità* y el espíritu de universalidad.

Esta tensión creadora, nacida de varias situaciones espirituales compatibles con los diferentes ritmos de los dogmas arquitectónicos, la descubrimos en primer lugar en la cuenca del Mediterráneo y en sus obras típicas de todos los tiempos. Hoy en día, continuamos explotando el filón revelador en los inmensos territorios sujetos al orden y al clima de la arquitectura nueva. Vista la influencia que ha adquirido y que continúa adquiriendo en Europa sobre los ámbitos de procedencias disimilares atraídos por este método de composición claramente determinado por los cuatro factores esenciales de que hemos hablado, importa insistir categóricamente en ello para comprender con exactitud que un horizonte idéntico se extiende sobre varios mundos. La condición de la arquitectura me-

diterránea acompasa sus mejores privilegios a la conciencia constructiva del universo. El orden y el clima nórdicos, como el orden y el clima norteamericanos, se han lucrado abundantemente de estas ventajas, convirtiéndose en realidades.

En toda la órbita universal, la arquitectura moderna se esfuerza por precisar resultados válidos. Libre por lo general de hipótesis inciertas, su lenguaje innovador representa el medio más apropiado para trasmitir las ideas, para realizar las fantasías de su imaginación, para graduar las fases del progreso técnico. No obstante, sería temerario emplazar sobre la cubierta de la creación pura a toda la arquitectura contemporánea, porque así se suele incurrir en la imitación quizás con mayor frecuencia. El sello distintivo de la selección es el patrimonio de esas obras en las cuales el fin supremo ha sido el deseo ardiente de aportar un testimonio inédito en un sentido plástico, constructivo y urbanístico.

Y nos encontramos con que, después de todo, es en Europa donde estas grandes experiencias han sido sancionadas por los ejemplos más sobresalientes. Y es precisamente en la exteriorizacion arquitectónica de la relación unitaria, tradición-metafísica-revelación personal-audacia, donde la Europa meridional se ha hecho la depositaria que restituye la nobleza y la elevación eternas del lenguaje plástico mediterráneo, frecuentemente inasequibles a la mentalidad nórdica y a la norteamericana.

En nuestros días, en la ordenación latina de la nueva arquitectura, descubrimos esa serenidad clásica, esos elementos constantes de un dispositivo monumental unido tanto a la grandeza ideal como a la proporción humana, que hacen aparentar a una obra de dimensiones reducidas, más equilibrada y mayor que la engañosa exorbitancia de ciertos rascacielos vacíos de significado, que no son sino un lastimoso y colosal acumulo de plantas y no un organismo vivo de estructuras articuladas, de formas movientes, de funciones y de necesidades sabiamente interpretadas, orquestadas y trasfiguradas.

Concedamos a este respecto que la arquitectura debe poder ir mucho más lejos de lo alcanzado hasta la fecha, por vía de la invención creadora. Por de pronto, una gran obra no está terminada hasta que haya creado una auténtica arquitectura monumental de los tiempos modernos. Amarrados todavía al plano circunscrito de una construcción rígida y helada, estamos en el deber de abandonar una posición en la que nunca se ha detenido la arquitectura europea de las bellas épocas, en las que ha logrado representar y fijar en un

todo indivisible los mensajes más señeros de la innovación, así como los impulsos del alma y del espíritu humanos buscando su perpetuación a través de las obras edificadas.

Hoy en día, el mundo hormiguea aún de violentos contrastes, sin encontrar todavía el empleo mejor de sus virtudes. Ensaya la organización de sus ciudades; pero disemina un poco por todas partes las viviendas imbricadas las unas en las otras. Este mundo hace campaña para dar unidad a las habitaciones; pero las separa por el ademán insolente de las afinidades y de los matices de una jerarquía social y racial trasnochadas. Levanta el asombro deslumbrador de sus resplandecientes rascacielos nocturnos; pero mantiene la pintoresca insalubridad de casuchas inhospitalarias. Quiere liberar al hombre gracias a la arquitectura nueva; pero lo condena a vivir hacinado en gigantescas prisiones. Crea avenidas inmensas, espléndidos parques y zonas residenciales profusamente aireadas; pero deja tiznar sus arrabales y sus campiñas con la proliferación de las chimeneas de sus fábricas. Establece los principios de una arquitectura natural según la cual se desarrollarán centrífugamente las ciudades tentaculares; pero continúa poblando de desmesura a sus ciudades, que no cesan de crecer con un desorden demencial. Este mundo, en fin, que registra la beneficencia de sus nobles instituciones, pero que conserva celosamente las viviendas más miserables. El número aplastante de estas inverosímiles contradicciones se mantiene como una provocación lanzada contra las admirables realizaciones de la técnica, de la ciencia, del arte, de la imaginación y del genio. Incluso la riqueza no ha llegado todavía a evitar la terrible esclavitud de las aglomeraciones monstruosas.

En toda tendencia arquitectónica existen acontecimientos que proceden por vía regular y otros que son imprevistos. En la arquitectura y en el urbanismo nuevos, como asimismo en los anteriores, el constructor perspicaz nunca separa su obra de la historia del arte y la historia de las ideas, ajustándola al análisis de esos acontecimientos. Posiblemente, el valor de esta visión de conjunto se muestra mejor tal y como es cuando se trata de un período tan atormentado y contradictorio como el actual en que vivimos. Se aprecia en efecto que, en la época presente, los planos y dibujos de monumentos o de edificios no realizados tienen más categoría e importancia que los rechazados en otros tiempos. Y esta comprobación, otra más que demuestra la vitalidad conceptual del modernismo, rectifica ya ciertas ideas cargadas a las pérdidas y ganancias del funcionalismo.

Si consideramos la teoría mediterránea del arte, la teoría de la continuidad de un fenómeno moderno que ha existido siempre, hemos de admitir que la arquitectura nueva no debe integrar las funciones de una comunidad mundial planificada, sino responder a las exigencias particulares de diversos grupos humanos y salvaguardar el prestigio individual del hombre.

Toda gran civilización y, por tanto, toda gran arquitectura se han caracterizado por la adaptación aquiescente de diversos círculos sociales independientes a formas interiores y exteriores de la vivienda y de la ciudad, consideradas como entidades autónomas. Civilización y arquitectura no han temido el cambio de estas formas cuantas veces ha sido necesario; no han rehusado la adquisición de ese poder que le confiere una audacia universal; no han renunciado a descubrir en el lirismo creador (lirismo considerable no sólo por las dimensiones de una obra fluvial que cubre el mundo con sus invenciones, sino también por la nobleza de las ideas que expresa) la grandeza mágica de lo espiritual.

Hasta aquí, y con carácter casi general, la arquitectura ha evolucionado principalmente en el sentido de un pragmatismo inmediato donde todo ha sido función del materialismo y de lo cotidiano. Por una curiosa aberración, al pretender organizar ciudades homogéneas y edificios unitarios, la construcción no ha salido sino raramente de los caminos trillados por los precursores. Con excesiva frecuencia ha levantado casas muertas destinadas empero a criaturas vivas. Aunque ha orientado sus esfuerzos hacia la innovación, ha calibrado la arquitectura y el urbanismo modernos con la medida de instrumentos conservadores. Al convertirse en producción en serie, ha omitido con frecuencia la determinación de los nuevos módulos de la belleza. Esta construcción no ha tenido en cuenta el peligro que corren las nociones que deben continuar intangibles, como los derechos de la estética, que la construcción al uso ha rebajado hasta convertirlos en ornato deleznable siguiendo la moda de los tiempos. Y no ha apreciado siempre que cada elemento de una arquitectura y cada parte de una estructura aparente deben ser creados por un plan preciso, en un objetivo definido (asociando en ello las exigencias materiales y espirituales), y no establecidos simplemente según el mero aspecto dado por una lente de aumento.

La creación de la arquitectura nueva no se ha producido sin lucha, y no sin pasar por dificultades a veces insuperables. De este modo, esta arquitectura se lanza a modificar poco a poco la fisonomía tradicional de su mundo. Para conservar el equilibrio bajo las

presiones convergentes del fanatismo pasadista, la nueva arquitectura ha de recurrir a todos los recursos del arte y de la ciencia, que son, por fortuna, poderosos e infinitos.

Tomado el urbanismo en su sentido humano y extendido al espacio que modela las ciudades y los pueblos, nada tiene en común ni participa con la *planología* sistemática, conformista y automutilada: ese gran abastecedor de pompas fúnebres que va recto al anonimato y a la anulación de la arquitectura. De seguir el peligroso camino que se traza, se llegará un día a la prefabricación del espacio, del paisaje, de la *civitas,* del sentimiento y del campo entero de la arquitectura y del urbanismo.

La arquitectura actual, en su misión urbanística, ha de participar en la maravillosa empresa del futuro; debe entorpecer una cierta intromisión nórdica y embriagadora, provocando simultáneamente la resurrección de las constantes eternas de la antigua cultura latina, esa cultura que al ser rejuvenecida brillará como en sus mejores tiempos.

La manera de ordenar el espacio y la forma, de implantar los volúmenes en la atmósfera, de considerar las proporciones entre las masas, el paisaje y el sol no constituyen simplemente un problema de construcción y de técnica. Forman, sobre todo, un hecho moral y un acaecer de cultura que interpretan los diferentes aspectos del sentimiento y del conocimiento humanos. Ninguna técnica, ninguna invención material, ningún procedimiento, por muy modernos que sean, jamás podrán constituir un determinismo primario superior a la percepción y al valor del espíritu humano.

Existe una forma latina de trasformar las necesarias influencias vitales de origen extranjero en su propia tierra, como existe también una forma latina de descartar las rápidas incidencias de la moda que no impone una necesidad real. Un técnico sin fantasía sólo consumará una obra deleznable si se limita a trasplantar, luego de un análisis superficial, los resultados adquiridos en otro lugar que responden a temas particulares. Las píldoras concentradas, científicas, no tienen poder alguno sobre la nueva arquitectura. Lo que importa emprender es la elaboración de un método flexible y convincente que dé con el contacto de las poderosas leyes de la claridad y de la cultura latinas. El impulso creador que se derive nos permitirá mantenernos fieles a nosotros mismos; nos hará sincera, auténtica y naturalmente modernos; nos conducirá a la reconquista de nuestra propia personalidad, a la talla auténtica de nuestras posibilidades y de nuestros sentimientos, y nos obligará a ad-

mitir—colectivamente hablando—que nosotros mismos no somos el porvenir, sino un presente palpable no hipotecado por el futuro.

Lo que en arquitectura y en urbanismo cuenta en primer lugar no es el estilo propiamente dicho, sino la calidad de la obra, su testimonio del presente y su compromiso para el futuro. No se construye impunemente un edificio que terminará por ser imagen de un fracaso.

Es indudable que la nueva arquitectura ha determinado el retorno a una sana tradición imaginativa hacia el descubrimiento de lo desconocido. Lo más diáfano de estas teorías proviene del Mediterráneo, allí donde la ordenación natural de la arquitectura y del urbanismo ha estado concebida siempre como una unidad donde las proporciones y los ritmos se repiten en todos los detalles y donde el interior forma un todo indivisible con el exterior, lo mismo en el equilibrio de la construcción que respecto del paisaje.

Siendo la esencia del arte moderno, como también la del arte clásico, hablar al alma humana exaltando la imaginación, los arquitectos innovadores han aplicado la fantasía a la organización y a la articulación del plan de la casa, para hacerla más habitable, para hacer de ella—en medio de la ciudad—un pequeño mundo aparte. Walter Gropius ha dicho que "la arquitectura debe crear un ámbito natural en el que ha de vivir el hombre." Y ésta es la ruta que parecen haber seguido los auténticos creadores.

La fórmula funcional de la actual arquitectura en su misión urbanística consiste en levantar los bloques de viviendas concebidos como parques, en determinar el justo volumen de las ciudades, el equilibrio de los barrios y las bases de ese acorde viviente que es la *unidad de inmediación;* y consiste también en crear los núcleos satélites fragmentados en unidades autónomas. De esta forma, el urbanismo se convierte en el enemigo público número uno de las ciudades monstruosas y tentaculares, porque se preocupa del aspecto humano del problema y del ámbito del hombre.

Esta concepción humana de la arquitectura conduce a un urbanismo que suprime las barreras artificiales que separan a los hombres en ciudadanos y en habitantes suburbiales y campesinos. Tal es la idea nuestra, y la de Sert y Wright y Le Corbusier y de muchos otros urbanistas eminentes.

Esta formación de la arquitectura, que se ha continuado en el funcionalismo, tiende a la conservación de dos valores esenciales de la vida: el del individuo y, de otra parte, la integración activa del ser humano en la naturaleza, que tiende a construir edificios típi-

camente desconcentrados donde las alas que lo componen abrazan literalmente el paisaje en torno con la libertad más grande. Esta simbiosis-arquitectura constituye uno de los hechos más descollantes del arte de la construcción racional.

La arquitectura y el urbanismo nuevos siguen en la actualidad dos corrientes diversificadas, pero no contradictorias, ya que ambas incorporan en igual medida los elementos de la naturaleza a la construcción: el funcionalismo humanista y clásico de Europa, que tiende a formas abstractas de la plástica moderna, a la grandiosidad geométrica, y el individualismo de Wright, antidoctrinario y antimetropolitano, que intenta convertir el mundo en una vasta provincia feliz donde todo estaría construído a la escala humana, pero a la escala del hombre concebido como parte integrante del cosmos.

Tanto por su forma de levantar los planos y de emplazar un edificio en el terreno como por la manera de escoger, de utilizar los materiales y de unir entre ellos los vanos de las diversas fachadas, los arquitectos de ambas corrientes se muestran con frecuencia como racionalistas perfectos. Las viviendas que construyen gozan de un carácter libérrimo que no excluye la intimidad de la vida interior. Sus concepciones espaciales, donde las habitaciones se subdividen en función de las necesidades de la existencia, están empero en estrecha vinculación las unas con las otras formando un *continuum* con la ciudad y el paisaje.

Según el espíritu de nuestro tiempo, para que la arquitectura cumpla su misión urbanística es preciso que la casa se asemeje a la evolución de la forma natural. Sin imitarla, el edificio ha de estar hecho de materiales que hablen de ella, en una cierta medida, al estado natural.

Julio Villamajó ha dado una definición de la habitación nueva, que nos gusta citar. Ha dicho que "una casa debería ser siempre personal como los habitantes que contiene, y conformarse a la vida con idéntica justeza".

A este respecto, no podemos ocultar el peligro que amenaza a nuestras ciudades, porque son muchos los ediles que recelan también que los antimodernistas se dejan arrastrar por la falta corriente de la casa prefabricada, donde las promesas nos reservan tan sólo una *arquitectura en conserva* que nos convertirá a la vez en esclavos y en nómadas.

Es incontestable que la casa construída para tal o cual hombre, para éste o el otro grupo de seres vivientes, constituye y constituirá

siempre el eco discernible y sin confusión de las características esenciales de cada individuo y de cada colectividad, tan diversas, tan sutilmente diversas como lo son las que pertenecen a la naturaleza humana.

Por fortuna, allí donde el monumentalismo haya sufrido una grave depresión, es más improbable que este mal se repita que en otros paralelos; porque la medida de las cosas se conserva más fácilmente humana y menos sujeta a la dictadura del urbanismo prefabricado.

En países como los de la cuenca del Mediterráneo, en los cuales la arquitectura se ha apoyado siempre en el régimen de la invención, no es posible establecer los límites o un freno de no importa qué naturaleza a la ansiedad de crear, de magnificar lo inédito. No es posible ya la formulación oficial de juicios y normas o el ejercicio de un control, el que sea, sobre la obra de los innovadores. Por ello, es posible afirmar que la antigua Europa está muy lejos de retrotraerse al término de su principio, porque Europa reemprende hoy, a pesar de su pobreza, la dirección del movimiento arquitectónico mundial. Síntomas jubilosos dan netamente la impresión de que España e Italia poseen arquitectos capaces de colocar a su país a la vanguardia de la creación arquitectónica pura.

Eugène Guernier ha dicho muy en justicia que la naturaleza de Europa es hasta tal punto dócil y hecha para el hombre, que por doquier el hombre ha forzado a la naturaleza—allí donde ésta se resistía—a acomodarse a la dimensión humana. Creador de su espacio, el hombre europeo no sufre los efectos naturales. Todo está hecho a su medida. En otros continentes, los terrenos dispares, una naturaleza y una escala sobrehumanas se constituyen en otros tantos factores enemigos que concurren a suavizar o a atenuar los impulsos, a multiplicar los sujetos y a dispersar los efectos.

A ejemplo del lenguaje, la arquitectura vive de evoluciones y de cambios. La arquitectura nueva, en su misión urbanística de trasposición y de creación, ha conocido sus fases de trasfiguración. En términos elocuentes, esta arquitectura ha extendido por todas partes, sobre las tierras fecundas, el poder maravilloso de su espíritu de pesquisa, y el favor conseguido por ella, pese a todas las obstrucciones, le permite continuar por todo el mundo el apostolado innovador del pensamiento europeo.

En arquitectura, si se tiene la inspiración de juicios meditados o se respetan los aspectos absolutos que caracterizan a los diversos continentes, todo género de urbanismo es admisible, hecha excep-

ción del género de pacotilla y el género equívoco. Estos sistemas han producido obras mal calculadas, no razonadas, construídas empíricamente. Y han revelado su negación de la fantasía y de la medida, su carencia de unidad, el divorcio sin fin que les ha afligido.

Al adoptar los nuevos principios, la auténtica arquitectura actual ha respetado además los principios tradicionales del pasado. Ha comprendido que no existe más que una sola manera de proseguir la tradición: la que potencia a la invención.

Si los antiguos crearon un arte moderno en su época, no se les rinde homenaje hoy, y desde luego, nada tiene de meritorio, sólo por el hecho de copiarles servilmente las formas.

Antes de dar nuestra opinión sobre el orden y el clima de la arquitectura y del urbanismo funcional, es preciso señalar que se trata de una obra desarrollada en diversas direcciones y sobre un espacio muy extendido. Una inmensa trayectoria descrita por diferentes movimientos estéticos y constructivos nacionales proyecta sus formas nuevas sobre varios continentes.

El espíritu innovador que gobierna la arquitectura sujeta al orden y al clima funcionales es, como hemos visto, de origen europeo, y particularmente mediterráneo; pero es preciso hacerle justicia inmediatamente por haber llegado a trasportar, sobre el plano de la personalidad, la interpretación de temas que no le son tan propios. Limitándose a resolver arduos problemas y por la franca repercusión de sus vías características sobre una materia compleja, ha sabido encontrar sus libertades; y aceptada esta dificultad, se ha esforzado, pertinazmente y de forma continuada, en evitar el señuelo de los partidos caducos, y en anular los obstáculos de la limitación por medio de una técnica experta y de un arte clarificado.

Su ámbito creador se amplía constantemente con una rapidez extraordinaria. Nada legitima mejor esta expansión prodigiosa que el interés creciente que despierta hoy en día la arquitectura surgida de esta vasta operación de reforma. Precisar que el arte, la ciencia y las teorías importadas de Europa son la base de este desarrollo no es disminuir por anticipado las cualidades de esta arquitectura, pero sí reconocer que ésta posee el sentido penetrante de la edificación y que, si no realiza con frecuencia los verdaderos prototipos clásicos, sí sabe cuando menos explotar hasta el ínfimo detalle y hasta la menor posibilidad los designios deliberados de la invención mediterránea. Los ejemplos que nos ofrece esta arquitectura revelan que ha cedido con frecuencia a la atracción de modelos tan

variados como sustanciales y que su observación ha estado presidida por las más auténticas virtudes plásticas de las disciplinas europeas.

Aunque la nueva arquitectura norteamericana y la de sus zonas de influencia, por ejemplo, no se acercan siempre a la adhesión total, ellas mismas son, sin embargo, el testimonio de una madurez técnica excepcional que se afirmaría aún mejor si las manifestaciones de la estética no dejasen percibir, en más de un aspecto, una cierta falta de cultura. Para un especialista avisado, las aproximaciones plásticas, la superabundancia de motivos de un lenguaje quizá poco conforme con el espíritu de las leyes creadoras y las roturas intencionales de un orden arquitectónico que se quisiera más equilibrado y modulado..., son verdaderamente embarazosas. Es más, ninguna reducción de potencial en su actual evolución impide creer en el brillante porvenir de estructuras significativas, en las que el gusto por la grandiosidad y el sentido innato de la construcción proclaman el valor indudable de primeros ensayos que deben dar la medida precisamente de cuanto recibieron de los precursores europeos.

Múltiples son las reflexiones que se derivan del análisis del balance efectivo de la nueva arquitectura subsidiaria del orden y del clima americanos. En el Norte, en los Estados Unidos, parece más especialmente vocada a problemas limitados a edificios industriales y a residencias campestres, mientras que en Méjico se manifiesta virilmente en todos los terrenos. En el Sur, la arquitectura brasileña ha alcanzado una sorprendente vitalidad, sobrepasando cuantitativamente a todos los países del mundo. En la América Central y en otras esferas como Cuba, Venezuela y Colombia, se ensaya valientemente el ejercicio de una acción de permutación racional. El conjunto de estas obras no parece ser capaz de pasar en bloque a la posteridad, porque todavía son poco numerosas aquellas que presentan los signos evidentes y definitivos de una completa originalidad, y a consecuencia de formas permanentes de su belleza están predestinadas a crear una doctrina capaz de rivalizar con las obras europeas de alta imaginación.

A despecho incluso del hecho de enviar especialistas europeos a América para estudiar las cuestiones concernientes a la arquitectura y al urbanismo modernos (por ejemplo, en Harlem, Nueva York, la ciudad negra dentro de la ciudad blanca, la asombrosa densidad de población por metro cuadrado es la más elevada del mundo), es preciso reconocer que los Estados Unidos no ofrecen solamente ese espectáculo desolador de la visión cinematográfica de los rasca-

cielos de Manhattan, que son por sí mismos ciudades cuya cumbre puede alcanzarse en pocos segundos. La realidad es bastante diferente.

Los Estados Unidos poseen hoy en día impresionantes edificios, compuestos cada uno por millares de ventanas y dotados por decenas de ascensores, alejados del sol y condenados a la sombra maléfica de las calles encajonadas donde el hombre parece vivir emparedado. Posee, asimismo, puentes colgantes y túneles y ferrocarriles subterráneos que conducen sin transición a las alturas vertiginosas, en las que no obstante la luz natural parece excluída. Y también casas prefabricadas (bibelots insípidos que uno puede adquirir a crédito) que son expendidas en cajas, montadas y desmontadas "a domicilio", pero carentes en absoluto de personalidad. Pero si ese culto a la ilógica y al negocio produce perplejidad, sin embargo estas gigantescas construcciones nacionales de arte y de considerables realizaciones públicas y privadas establecen sin lugar a duda un cierto equilibrio espiritual.

Pese a estas conquistas, en los Estados Unidos la arquitectura contemporánea está lejos de tener plena conciencia de sus posibilidades, porque el crecimiento de potencial productivo que sugiere no implica necesariamente la aceleración de la trasformación funcional del arte de construir; aumentando el número de viviendas por inmueble para abaratar su costo; reduciendo las formas usuales para hacer más realizable su construcción; preconizando la eliminación de los métodos restrictivos de la artesanía a beneficio de la rapidez de la obra..., no se consigue por fuerza el objetivo principal de la nueva arquitectura, que es justamente el de la armonía estructural en todos sus aspectos y en todos los campos de las artes plásticas.

Por otra parte, y aunque se trate de los promotores del rendimiento masivo y standard, los arquitectos de Norteamérica estudian actualmente, bajo los efectos de los males causados por la concentración, los medios más apropiados para descubrir las ventajas de la descentralización. Con todo, continúan tejiendo las redes de los grandes hormigueros humanos y de las construcciones dispersas. En materia de edificios metropolitanos, se atienen todavía a un supergigantismo *démodé*, y en el campo de las viviendas individuales, a las habitaciones provisionales.

En la actualidad, el rascacielos es uno de los signos diferenciales de la civilización norteamericana. Pero la mayor parte de los rascacielos envejecieron y envejecerán pronto. Porque no son de forma

alguna monumentos considerables por su dimensión y magnificencia, sino edificios con frecuencia desproporcionados que no tienen de modernos más que sus orgullosas pretensiones. No son jamás obras fabulosas, legendarias, sino colosos bufos levantados por gnomos. En ellos todo es estático, inmutable y sin sorpresas. Como las ciudades a que dan sombra, no son suceptibles de las transformaciones necesarias y racionales que aporta el tiempo.

Es razonable proclamar que "un viejo rascacielos es más viejo que la basílica de San Pedro, porque San Pedro, a imitación de Roma, ha sido hecha y rehecha". Sin duda alguna, su rápida decrepitud proviene del hecho que los rascacielos norteamericanos no representan, de momento, sino una grandiosidad técnica de valores transitorios y no una grandeza ética de valores duraderos, como los monumentos. Al afirmar que "un viejo rascacielos ha pasado de moda tan rápidamente como un automóvil, constituyendo una *antiquité* paradójicamente en servicio activo", se ha puesto ciertamente el dedo en la llaga.

Por otra parte, como se ha señalado con justeza, "los rascacielos norteamericanos no han sido construídos a la escala de ideas gigantes, a la talla de la idea de Dios, de la idea de eternidad, de la idea de una voluntad humana coordinadora". En su forma actual, todavía no pueden rivalizar con las pirámides de Egipto, con los *teocallis* mejicanos o los grandes santuarios romanos, las inmensas iglesias góticas, la soberbia nave sin pilastras interiores y sin arbotantes externos de la catedral de Gerona o esa maravilla de arquitectura funcional que es el Monasterio escurialense.

Grandes edificios concebidos como cobertizos, los rascacielos americanos no pertenecen todavía a la amplitud creadora y a la categoría de las invenciones de Leonardo da Vinci, de Alessandro Antonelli, de Antonio Gaudí y Cornet o de Antonio Sant'Elia, el inventor del urbanismo moderno. Los *skyscrapers* no son todavía las catedrales de nuestro tiempo.

Todo lo dicho no es posible silenciarlo en la teoría del rascacielos de ultramar. Sin embargo, todavía nos encontramos lejos de encontrar la solución, porque los estilos del modernismo americano no se adaptan fácilmente a lo colosal, ni la distribución interior de sus habitaciones a la formación del proyecto. De igual modo que las estaciones del ferrocarril metropolitano en estilo chino o japonés no reflejan apenas el porvenir de la construcción, los cuadros de botones automáticos en los diversos locales de los edificios, la cámara frigorífica, la combinación de luces, los aparatos de radio

y de televisión, las máquinas que lo hacen todo, los instrumentos de calefacción, de ventilación o de recogida de desperdicios..., todo esto no constituye una verdadera conquista de la arquitectura nueva. Porque no representa sino una excelente contribución al progreso técnico, a la comodidad y al atractivo placentero del hombre.

Pese a las ventajas que encuentra la especulación financiera y su perfecta isonorización obtenida por el empleo de tabiques muy delgados hechos de corcho, de caucho o de materias plásticas, el rascacielos norteamericano no constituye un modelo convincente en su expresión actual. Con el precio de los pisos, que aumenta a medida que éstos son más elevados; unos gastos de sostenimiento que amenazan con acercarse a la eternidad; los innúmeros impuestos administrativos según un sistema caduco, viejo ya de treinta años; con su infinidad de vanos reducidos que no dejan ver otra cosa que una infinidad de otras aberturas todas iguales; su multitud de piezas anónimas, distribuídas según un plan caótico sin exigencias culturales y morales que las animen; sus kilómetros de corredores comunicados por la ansiedad de los ascensores..., el rascacielos resume la inconsecuencia.

Si, donde es necesario encontrar los principios originarios y las funciones reales de su destino, en las obras maestras de Alessandro Antonelli (1798-1888), los *skyscrapers* representan hoy día los más grandes inmuebles del mundo y la concepción más vasta en materia de construcción planificada, concentrada y standard..., todavía carecen de esa alta significación humana que sólo confieren las obras que magnifican el progreso técnico al servicio de la arquitectura nueva.

El rascacielos moderno sólo se puede concebir como formando parte integrante de un plan regulador de urbanismo preestablecido, de un plan pergeñado según el orden humano y no según el azar de las conveniencias o de la historia natural.

El rascacielos moderno, entre otros ejemplos, sólo revela su necesidad arquitectónica y racional en el ordenamiento y planificación conjuntos de construcciones como la *Cité radieuse* de Le Corbusier (1929-1935), de lo que constituye un magnífico ejemplo la "unité d'habitation" de Marsella (1940-1945) que es, en suma, un rascacielos horizontal; la *City-block*, del arquitecto argentino Wladimiro Acosta (1931) o el sistema de urbanismo progresivo que el germanoamericano Ludwig Hilberseimer ha establecido para el desarrollo de la ciudad de Chicago (Illinois), subdiviéndola en comunidades separadas por barreras de luz.

Por otra parte, desde el punto de vista plástico, las más honestas

e inteligentes interpretaciones del acero, del hormigón armado y del vidrio en la arquitectura de los edificios verticales están contenidas en el proyecto del rascacielos del *Daily Tribune*, de Chicago, dibujado en 1922 por Walter Gropius y Adolf Meyer; los planos del *skyscraper* de la Caja de Ahorros de Emigrantes en Nueva York y el rascacielos de la Banca de Filadelfia (1930-1932, el primer edificio enteramente aclimatado), así como las obras más salientes de George Howe y William Lescaze. A estos edificios hay que agregar otros como el Ministerio de Educación y de Salud Pública de Río de Janeiro (construído por Le Corbusier, Lucio Costa y Oscar Niemayer Soares Filho); la casa de apartamentos de Copacabana (Río de Janeiro), de Marcelo, Mauricio y Milton Roberto (1947); el edificio de la Compañía Brasileña de Investigaciones "Esplanada", en Río de Janeiro (el edificio de estructura de hormigón armado más alto del mundo), construído en 1947-1950 por Lucjan Korngold; el palacio de las Naciones Unidas de Nueva York, magistralmente trazado por Le Corbusier en 1947; la Lever House de Manhattan (Nueva York, 1951-1952), inmueble de oficinas de veinticuatro plantas, levantado por Skidmore, Owings y Merrill, y los dos rascacielos gemelos de veinticinco plantas, casas de apartamentos edificadas en Chicago por Ludwig Mies van der Rohe, en 1952-1953.

Rico en medios, pero pobre de intenciones, el rascacielos norteamericano no tiene hoy otro mérito que el de la altura. Siendo su plan inexistente, cabe deducir de este hecho las consecuencias de su déficit. A la gran arquitectura—la nueva como la antigua—se la juzga por sus valores monumentales. América ha levantado rascacielos griegos, romanos y góticos. Y ha tocado ridículamente al *skyscraper*, este rey de la arquitectura nueva, con una corona sin gloria, con la corona del padre Ubu.

Es preciso verificar que un constante afán de modernidad ha presidido la creación de todas las grandes obras del pasado, que ha pulsado todos los resortes de esta gran aventura donde el fervor y la vida han henchido las venas de todos los continentes. Para mantenernos en la tradición, no podemos amarrarnos a anacronismos tendentes a resucitar el tiempo pasado por fuera de su espíritu, sino apuntando al futuro.

Existió una época en la que el mismo Estado se mostró innovador, perspicaz y con audacia. Como prueba de ello, sólo quiero presentar el plan regulador establecido por las Leyes de Indias, que es común a todo el urbanismo hispanoamericano. Subrayemos la aportación considerable de las instrucciones contenidas en estas le-

yes, donde se encuentran excelentes reglas y disposiciones plenas de buen sentido, de claridad y de espíritu sagaz, que aún siguen siendo válidas en nuestro tiempo.

Expresiones diferentes representando una misma idea central han significado la gran hora española y las etapas sucesivas de la arquitectura y del urbanismo introducidas por los españoles en el continente americano y en todo el imperio colonial. Una dirección impuesta de precisión y de flexibilidad que el artífice indígena ha aportado a su vez en una obra creada de la forma extraordinariamente personal, viviente, apropiada al ambiente local y al clima, se ha convertido en una concepción original. Por lo demás, manteniéndose sumisa a la práctica y a las necesidades del lugar y conformándose rápidamente a satisfacer las apremiantes exigencias esenciales, esta arquitectura y este urbanismo han surgido espontáneamente de una aportación rigurosa y de un ardor creativo, en el cual inteligencia y lucidez toman partes iguales.

Las Leyes de Indias, forjadas en España, dictaron todas las disposiciones relativas al establecimiento de nuevos centros urbanos en los territorios de la conquista. Estas leyes reglamentaban el plano de las ciudades, fijaban la longitud de las calles, las dimensiones de las manzanas; y preconizaban los trazados claros y abiertos, regulares, unitarios y simplemente deducidos del paralelismo y de la perpendicularidad; se preocupaban de necesidades administrativas, higiénicas, comerciales y agrícolas.

Una de las disposiciones de las Leyes de Indias ordena que, con respecto a su elaboración, el plano de una ciudad sea dividido en plazas, calles y parcelas trazadas "al cordón y a la regla". El proyecto ha de prever un espacio suficiente para que la ciudad pueda extenderse y dilatarse según los mismos principios, esta misma forma lineal, para seguir racionalmente el ritmo de aumento de la población. Este fué uno de los primeros modelos de urbanismo funcional.

Respecto de la arquitectura, las casas debían interpretar la estética del Renacimiento, al que entonces se le llamaba "estilo nuevo". "Que sean de una forma, es decir, semejantes, estas construcciones, unitarias", especificaban las Leyes de Indias.

De todas las legislaciones relativas al urbanismo, la contenida en las Leyes de Indias es, sin duda, una de las más puras de línea, una de las más ricas en detalles, una de las más inteligentes en sus efectos y, por tanto, la más sencilla en la práctica. Este inagotable tema de estudio para los arquitectos de ayer, de hoy y de mañana ha permitido la normalización del trazado de las ciudades hispano-

americanas y filipinas, fundándose en general sus variantes en la "cuadrícula".

Hace cosa de cuatro años, en el momento de establecer el balance de nuestros conocimientos de la arquitectura hispánica y de resumir el resultado de nuestros estudios, después de la impresión que nos hizo sufrir el descubrimiento de la importancia excepcional del urbanismo hispánico..., los trabajos de Fernando Chueca Goitia, Leopoldo Torres Balbás y Julio González y González han confirmado lo que habíamos presentido en el curso de nuestros viajes de estudio por América. Conducidas por manos magistrales, estas investigaciones nos ofrecen la viviente exposición del gigantesco panorama de los proyectos de ciudades iberoamericanas y filipinas existentes en Sevilla, en el Archivo de Indias. Los ensayistas amanerados y los narradores anémicos o truculentos han escrito la historia de la arquitectura y del urbanismo con el estilo del histrión. Voluntariamente o por insuficiencia, no han abordado el problema desde su base. Para sostener el aparato de su orquestación bullanguera y para justificar contubernios comprometedores, de una generosa empresa de cultura han hecho un objeto de propaganda. Para imponer el Norte, han omitido o abandonado el Sur. En efecto, la mayor parte de los tratados anglosajones eluden el nombre de España al hablar del urbanismo en Hispanoamérica, o se habla de ella brevemente y de forma inexacta.

Pero, ante la inmensidad de una obra cumplida para dar al mundo una fisonomía y un carácter modernos, nadie tiene derecho a olvidar que del siglo XVI al XIX España nos ha brindado materiales primerísimos para escribir la historia del urbanismo. Nunca pueblo alguno ha creado un número de obras de arte tan imponente; nunca otro pueblo ha dibujado una masa tan enorme de proyectos reguladores, y nunca pueblo alguno ha construído tantas ciudades durante su período de gobierno.

Si se considera que en su mayoría fueron fundaciones nuevas, que la mayor parte de ellas surgieron en lugares despoblados, que el análisis de la constitución de esas ciudades revela una amplitud y un volumen extraordinarios, que ninguna creación urbana colonial le puede ser, por consiguiente, comparable..., el homenaje que debemos rendir a España será siempre demasiado modesto e insuficiente.

Alberto Sartoris.
Grand Rue, 43.
LUTRY [Vand] Suiza.